

UNA HISTORIA DE LAS PERIFERIAS FRANCESAS

A HISTORY OF THE FRENCH SUBURBS

CATHERINE WIHTOL DE WENDEN *

Resumen: *La explosión de las periferias ocurrida hace un año, en Noviembre de 2005, revela, bajo su facticidad de violencias y desesperaciones, fenómenos más profundos enraizados en las vacilaciones francesas entre una política migratoria de trabajo y una de población: política de vivienda después de la reabsorción del chabolismo, efectos del cierre de la inmigración laboral y de las reagrupaciones familiares, ascenso del islam, discriminaciones institucionales, debilidad de la movilidad geográfica, construcción de identidades de repliegue, resentimientos... El artículo analiza 30 años de política de integración en las periferias, a través de observación, estudios sobre el terreno y análisis personales, poniendo sobre todo el acento en el hecho de que los jóvenes no piden comunitarismos, sino que reclaman que también a ellos se les apliquen los principios republicanos que se les han enseñado y cuyo respeto se les pide. La cuestión de las violencias policiales está en el núcleo central de este debate.*

Palabras clave: *Política de inmigración; Integración de la segunda generación; Violencia juvenil; Suburbios franceses; Republicanismo*

Abstract: *Beyond its present form made up of violence and desperation, the explosion of the suburbs which took place a year ago in november 2005 is revealing of deeper issues which have their root in the french hesitations between a policy of la-*

* Directora de Investigación en el CNRS (CERI).

** Traducción del francés de Iciar Pertusa.

bour immigration and a policy of settlement: housing policy after the reabsorption of the shanty towns, consequences of the closure on employee immigration and on family reunion, ascent of Islam, institutional discriminations, weak geographical mobility, construction of withdrawing identities, anger... The article analyzes thirty years of integration policy in the suburbs from observations, research in the field and personal analysis, putting the accent on the fact that the young are not asking for comunitarism but are demanding that the republican principles they were taught also be applied to them. The issue of police violence is at the heart of this debate.

Keywords: *Immigration policy; Integration of the second generation; Youth violence; French suburbs; Republicanism.*

INTRODUCCIÓN:

Los acontecimientos que tuvieron lugar en otoño del 2005 no son un epifenómeno. Más allá de su dimensión lúdica y su violencia, el interés que han suscitado en numerosos países es evidente. Quedarán inscritos en una larga historia de políticas sociales consagradas a la periferia urbana de Francia, a la integración y a la lucha contra la exclusión, a actores locales y a repertorios de movilización que tienen como trasfondo el paro y la relegación. Más en profundidad, se remiten a una o varias rupturas dentro de la sociedad francesa, nutridas del sentimiento difuso de que una parte de los habitantes de las periferias (jóvenes, mendigos, descendientes de inmigrantes) no serían ciudadanos como los demás (ya que se les ve como a parados, delincuentes o musulmanes), mientras que éstos a su vez alimentan en ocasiones el odio y el resentimiento de cara a esta sociedad. También hacen referencia a los treinta años de asentamiento de la población inmigrante y de su descendencia, a todas las medidas que la han acompañado, con sus logros y sus fracasos, sus momentos cumbre y sus crisis en el marco del modelo republicano, a la sensación de inseguridad y del resurgimiento de la extrema derecha. Y en fin, también se da lo no sugerido por las grandes generalizaciones: el ascenso social de aquellos que, siendo hijos de obreros

a menudo analfabetos, han conseguido llegar a ser ejecutivos, la promoción media pero poco visible gracias al camino recorrido en las periferias, la inventiva creativa derivada de la mezcla social y cultural que ya supone una parte integrante de la cultura popular y joven (jergas, música, teatro, deportes), en resumen, la forma en la que son vistos estos nuevos franceses, totalmente alejados del supuesto tipo de comunidad en la que les encasilla a veces la opinión pública.

El uso de ciertos términos está a menudo presente para recordarnos la imagen que se tiene de esta realidad social: periferia (diferente de alrededores), zona, chabolas, «grandes conjuntos» (de edificios), resultando los habitantes mismos de estas zonas sospechosos incluso en los discursos de presidentes de la República y de ministros. Se les acusa de polígamos —a los africanos— (Valéry Giscard d'Estaing), de molestos, por ejemplo, por los «olores» (Jacques Chirac), los ministros de Interior Jean-Pierre Chevènement y Nicolas Sarkozy les describen como «salvajes», después como «escoria», mientras que François Mitterand habló de «umbral de tolerancia» y Michel Rocard de «la miseria del mundo». En cuanto al término integración, que en sus orígenes se utilizaba en la Argelia colonial, fue redescubierto en 1974 por el nuevo Secretario de Estado para la inmigración Paul Dijoud, para constituir el nuevo objetivo de la política de inmigración, tras varias décadas de asimilación y un breve periodo en el que se hablaba de inserción con la que se sugería un mínimo aprendizaje de los modos de vida para formar parte del mercado laboral. Los criterios de la integración fueron el centro de ardientes polémicas, menos científicas que políticas, y al que se le prefiere actualmente el vocablo «convivencia».

Así, tres épocas puntúan estos treinta años de historia de las periferias confrontadas con la inmigración: el periodo 1974-1983 (del cierre de la inmigración laboral a la marcha de los «beurs»), el periodo 1984-1995 (de la efervescencia de las expresiones cívicas de la juventud de la periferia a la amenaza del terror islamista); por último, los años 1996-2006 (en que encontramos que a estos nuevos franceses se les niegan las ventajas de los ideales republicanos de los que tanto se les había hablado). Cada época se caracteriza por un contexto urbano, actores y movilizaciones diferentes.

I. Del cierre de la inmigración laboral a la marcha de los «beurs»

1. *Los ghettos, los OS (Obreros Especializados) y los barrios degradados*

Mientras que, en los años cincuenta se quiso modernizar la sociedad francesa de forma urbanística mediante la construcción de grandes conjuntos donde cohabitarían ejecutivos y obreros en las mismas condiciones de confort moderno, en los años setenta se cayó en la cuenta de que la utopía de la mezcla social languidecía entre aplazamientos. Pero las políticas que llegaron a continuación no hicieron más que empeorar la tendencia. Las periferias, y más concretamente, la periferia parisina, se convirtieron en un símbolo de la crisis social y del fracaso del urbanismo triunfante de «los treinta gloriosos». ¿Cómo pudimos llegar a esa situación?

La historiadora de las periferias Annie Fourcaut¹ nos recuerda que «en la Edad Media, el término periferia comprendía el territorio que se extendía aproximadamente una legua a la redonda de la ciudad sobre el cual se aplicaba su jurisdicción y su derecho de vasallaje... A partir de la Revolución Industrial la periferia se convierte en un nuevo tipo de paisaje, derivado de la sumersión de los núcleos rurales preexistentes por la urbanización y la industrialización. Actualmente, este término primero jurídico y después geográfico ha adquirido un contenido simbólico, se ha vuelto una zona de gran incertidumbre y tensión, en especial la periferia francesa.» Alrededor de 1860, la periferia parisina se sitúa entre el arrabal y la «zona», más allá de las fortificaciones de ésta y de sus reglamentaciones. A partir de 1880-1890, la periferia se vuelve autónoma pero, burguesa o popular, dependiendo de los casos, queda más o menos asimilada a la «zona», una franja de terreno donde no se podía construir porque «estaba destinada al servicio militar y se reservaba a las fortificaciones», y se convierte en el cinturón que rodea a París y donde viven obreros desclasados, prostitutas, inmigrantes, traperos, gente de la baja sociedad, «apaches», descritos maravillosamente por Aristide Bruant. En el periodo de entre-guerras los urbanistas construyen ciudades-jardín, desarrollan los jardines

¹ ANNIE FOURCAUT: «Banlieues d'hier: les zoniers de Paris », *Panoramiques*, n.º 12, 1993, pp. 14-17.

obreros, y convierten ciertas periferias en lugares de experimentación social y arquitectónica. El Frente Popular contribuye en 1936 a la rehabilitación de la imagen de la periferia, confirmada por el partido comunista que va tomando poco a poco un anclaje municipal. Tras la segunda Guerra Mundial, la persistencia del «higienismo» en los proyectos de viviendas populares y la alianza con la influencia soviética en las periferias comunistas (el ministro de vivienda era un comunista durante el tripartito bajo la cuarta República hasta 1947) han contribuido sin duda a la edificación de VPO (Viviendas de Protección Oficial) de la posguerra. Pero en aquella época era tal la crisis en la vivienda que se desarrollan nuevos tipos de cobijo, más precarios, para una inmigración numerosa.

Algunos trazos concretos: las chabolas de Nanterre y de Champigny (el mayor barrio chabolista de Francia) en la periferia parisina; el de la periferia lionesa o el del dique de los franceses en Niza. El abbe Pierre, que en 1956 sensibiliza a la opinión sobre la pobreza y la crisis de la vivienda; el movimiento ATD-Cuarto Mundo del padre Joseph Wresinski, surgido entre las chabolas cerca de Pierrelaye. Esas construcciones casuales habitadas por magrebíes, portugueses² (lo habíamos olvidado) y franceses del «cuarto mundo» (esas familias francesas excluidas de la sociedad, a veces incluso durante generaciones), sin agua ni electricidad, viviendo en el barro y la promiscuidad, rodeando las grandes ciudades en la Francia de los años sesenta. Sus habitantes solían trabajar en fábricas o en las obras de construcción de VPO que no les estaban destinadas, enfrentados con la crisis de la vivienda entonces endémica e incluso a veces también con la clandestinidad —lo cual no facilitaba el habitar en verdaderas casas, sobre todo a los que tenían familia. A veces la solidaridad y la militancia emergían en estos sitios, hasta el punto de crear resistencias contra la eliminación del chabolismo incluida en la agenda política del primer ministro Jacques Chaban Delmas en 1969³. Los trabajadores solteros regularizados también habitaban en hogares para extranjeros (entre ellos los de SONACOTRA), a menudo financiados por los Fondos de Acción Social, creados en 1959 (se les destinaba el 50% del presupuesto de los FAS) y en los barrios vetustos del centro de las ciudades. Tras las chabolas

² MARIE-CHRISTINE VOLOVITCH-TAVARES: *Le temps des baraques*, Autrement, Col. Gens d'ici, Français d'ailleurs.

³ MONIQUE HERVO y MARIE-ANGE CHARRAS: *Bidonvilles, l'enlèvement*, Paris, Maspéro, 1968.

aparecieron las ciudades provisorias para inmigrantes y el cuarto-mundo, mientras que las VPO las ocupan los obreros franceses y los jóvenes de clase media, como en Sarcelles. Pero muchos de estos abandonaban semejantes edificios en la primera oportunidad que hallan para acceder a otras propiedades, gracias a las políticas promotoras de nuevas construcciones vigentes en aquella época— porque la «sarcelitis», como se la llamaba en aquellos tiempos, desembocaba en estados de depresión expresivos de la dificultad de vivir en los «grandes conjuntos»⁴.

Diseñados por jóvenes arquitectos a veces inspirados en Le Corbusier, estos edificios de cemento construidos con prisa se convierten rápidamente en ciudades dormitorio, ya que muchos de los acondicionamientos previstos no se llevarían nunca a cabo (como en Chanteloup les Vignes, donde en un escándalo inmobiliario, el caso Aranda, un allegado del ministro de vivienda de entonces, puso fin a los proyectos de acondicionamiento anexos). Ofrecen luz, limpieza y confort moderno, pero se concibieron para una población que disponía de vehículo propio, ya que se solía carecer de transporte público en estos barrios situados campo adentro. Es lo ideal para cualquier automóvil de la época de George Pompidou. Bajo la influencia del urbanismo triunfante de los «grandes conjuntos», de los comienzos de la ordenación del territorio y del surgimiento de las nuevas ciudades (Evry, Créteil St Quentin en Yvelines, Cergy), las grandes metrópolis se han visto rodeadas de torres y construcciones en sus alrededores. En cuanto a las VPO, abandonadas progresivamente por los ejecutivos medios y por otros idealistas de la mezcla del hábitat que empezaron a huir de estas periferias, familias numerosas inmigrantes invierten poco a poco en ellas, cohabitando así con obreros de edad avanzada y con franceses en vías de exclusión social, pues el cierre de la inmigración en 1974 tuvo como resultado la reagrupación familiar, en especial en el caso de los magrebíes. Pero hay que destacar que no todos los inmigrantes residen en la periferia. En cuanto a los vetustos centros de ciudad, que son el centro de renovaciones y se van destinando a la burguesía, se vacían poco a poco de su población inmigrantes rechazada hacia el exterior, salvo en ciertas municipalidades, como Grenoble, gracias al impulso de su alcalde Jean-Jacques Dubedout, que decide rehabilitar la parte vieja

⁴ AHSÈNE ZEHRAOUI: «Les cités de banlieue. Idéologies, discours et réalité », *Les temps modernes*, n.º 545-546, déc. 1991-Janv. 1992, pp. 209-223.

sin mover a la población de sitio— como en el barrio de Très-Cloîtres situado en el centro de la ciudad.

Un ejemplo, Puteaux, durante los años setenta

Ciertos recuerdos de este periodo permiten comprender esta rápida evolución de la población: Puteaux, años setenta, allí donde más tarde crecerían los rascacielos del barrio de negocios La Défense, antes albergaba alojamientos para la clase media y una periferia obrera pobre, a lo largo del Sena, donde viejos talleres y almacenes al borde del abandono cohabitaban con bajas casitas modestas en callejuelas de forma a veces indefinida. Sus ocupantes eran obreros franceses de avanzada edad e inmigrantes magrebíes modestos que adecentaban los muros, frecuentaban los cursos de alfabetización o asociaciones de trabajadores (asociaciones militantemente comprometidas y amigables que llegan de los países de origen) y bares regentados por sus compatriotas. Muchos trabajaban de noche, salían poco, se movilizaban de cuando en cuando para que se les reconociese sus derechos en la empresa y a veces contra el régimen político de su país, por ejemplo en Marruecos, en España y en Portugal. No reinaba ningún tipo de inseguridad en estos lugares para el transeúnte común, se entiende el europeo. No se descubrían trazas del Islam excepto entre algunos practicantes aislados⁵ y en la época del Ramadán.

La mayoría de los sociólogos analizaban esta población inmigrante en función de su pertenencia a la clase obrera, según los esquemas marxistas, pero con mezclas de culturalismo para referirse a la pertenencia al medio rural de origen, mientras que los políticos y la patronal pensaban que estos inmigrantes llegados como mano de obra poco cualificada, volverían a su tierra tras la crisis de 1973. En cuanto a la prensa, ella condena a los caseros abusivos y regularmente se suma a la defensa de los inmigrantes ilegales o a la reprobación de los desahucios y repatriaciones, posiciones apoyadas entonces por la opinión. En Julio de 1974 el primer Secretario de Estado para la Inmigración nombrado por Valéry Giscard d'Estaing, André Postel-Vinay, dimite al cabo de un mes porque consideraba que no gozaba de la credibilidad necesaria para instaurar su política de vivienda para inmigrantes, pero tras haber tomado la decisión de suspender el flujo ex-

⁵ En *L'Établi*, Daniel Linhart cita de hecho el caso de un Argelino que rezaba a escondidas en su taller tras los cartones. Paris, le Seuil, 1977.

trajero de mano de obra. De entre los debates de aquel momento, despunta el análisis de los costes/ ventajas de la inmigración⁶, seguido, a partir de 1977 y bajo la influencia del Secretario de Estado para los Trabajos manuales, de fervientes debates sobre el retorno, pasando las culturas de origen más tarde, en 1980, a estar a la orden del día. El tema de la vivienda para los trabajadores inmigrantes prima todavía sobre el de las familias en los barrios de VPO.

2. *Segundas generaciones en los años ochenta*

El fenómeno de las «segundas generaciones» está ligado a la instalación duradera, incluso definitiva, de los inmigrantes del período anterior, pero sobre todo está ligado al cierre de la inmigración laboral de julio de 1974⁷. Es difícil darles nombre («hijos ilegítimos» los llama Abdelmalek Sayad), contarlos (en aquella época muchos no saben si son franceses o extranjeros, y se muestran reticentes a la hora de adquirir la nacionalidad francesa por miedo a defraudar a sus progenitores que incluso habían luchado por la independencia de su país); hasta les cuesta autodefinirse a ellos mismos, pero empiezan a expresarse en la plaza pública de la periferia lionesa desde los comienzos de los años ochenta (los incidentes violentos en 1981 en los barrios de Minguettes, Vénissieux, Villeurbanne y Vaulx en Velin). Víctimas de atropellos policiales que ellos consideran que quedan impunes, (algunos terminan cobrándose vidas, incluso de niños), de la doble pena (expulsión al país de origen de los delincuentes que ya han cumplido condena en Francia), luchan por la igualdad de derechos apoyados por el padre Delorme, por asociaciones como las JALB (asociación de Jóvenes Árabes de Lyon y Alrededores**), dirigidas por Djidda Tazdaït), por grupos de teatro callejero. Poco a poco, denuncian la «galera»⁸ y el «odio»⁹ que sufren

⁶ ANICET LE PORS: *Immigration et développement économique et social*, Paris, La Documentation française, 1977.

⁷ CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: «La seconde génération», *Projet*, janvier 1983, n.º 171-172.

* Nota del traductor: las siglas de la Asociación corresponden a «Jeunes Arabes de Lyon et Banlieues».

⁸ FRANÇOIS DUBET: *La galère: jeunes en survie*, Paris, Fayard, 1987.

⁹ Ilustrado por la película de Mathieu Kassowitz, *La haine*.

** Nota del traductor: el «verlan» es una jerga usada por los jóvenes que consiste en hablar al revés.

en el extrarradio: una espiral de discriminaciones, ghettos, paro masivo por culpa de la desindustrialización, violencia.

Al comienzo de los años ochenta, en la región parisina, a algunos les gusta definirse como «beurs» (mestizos) (un término extraído del verlan* al invertir las sílabas: árabe, «rebe», «beur»). Ser «beur» es ser joven, mestizo, llevar un «look» de extrarradio y a la moda (ropa de marca, rock, sport). También es una jerga, el «verlan», novelas...«beur», radios libres (radio «beur»), películas que escenifican la saga de las periferias, las crisis de identidad, las movilizaciones colectivas a menudo tras la muerte de uno de los suyos, los conflictos intergeneracionales. Para una élite, es también una inscripción en el movimiento asociativo cívico y a veces la esperanza de su paso al mundo político. La marcha de los «beurs», que salió de Marsella y terminó en París, primero en la Bastilla, luego en el Eliseo el 1 de noviembre de 1983, cuyos protagonistas fueron recibidos por François Mitterrand, ilustra esta influencia de la esperanza. Los eslóganes rezaban «marcha por la igualdad de derechos y contra las discriminaciones». El reconocimiento del derecho de asociación para los extranjeros en las mismas condiciones que los franceses (Ley de 1901), acordada por la izquierda en 1981 (mientras que los derechos políticos locales para extranjeros, que también formaba parte de las 101 proposiciones del partido socialista, se aplazan *sine die*) comenzará a tener seguidores a través de una efervescencia por las asociaciones, cívica, pero también musulmana.

3. *La conquista de los nuevos derechos*

El final de los setenta y comienzo de los ochenta es el marco de muchas formas de militancia. Visto que los extranjeros se consideran excluidos del espacio político en Francia, luchan en otros frentes: huelgas en la industria (como el famoso conflicto de Penaroya en 1972) en los hogares (el largo conflicto de la SONACOTRA durará de 1976 a 1981 y entre las reivindicaciones encontramos la que exige lugares de oración en los hogares)¹⁰. Las causas habrían sido la demanda de igualdad y derechos sociales y sindicales para los extranjeros en la empresa (se alcanzará en 1975), la representación política en el nivel local (consulta y participación electiva o delibe-

¹⁰ CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: *Les immigrés et la politique. Cent-cinquante ans d'évolution*; Paris, Presses de la FNSP, 1988.

rativa en los consejos municipales, derecho de voto y a ser elegidos en los consejos municipales de extranjeros residentes), la regularización de los sin-papeles (numerosísimas huelgas de hambre puntúan el periodo de 1974-1981), el fin de los desahucios (con el fin de renovar y reabsorber las infraviviendas y chabolas). Poco a poco los progenitores se instalan, aún conservando la idea de regreso; se definen como residentes en los nuevos barrios mientras que sus hijos se socializan en Francia, se identifican con sus territorios y reivindican su derecho a la igualdad. Aún nadie les habla de ciudadanía pero se empiezan a interpretar nuevas formas de movilización, a veces marginales, con la periferia como escenario: algaradas urbanas, huelgas de hambre, militancia asociativa, experimentaciones culturales. No faltan la delincuencia y las drogas, pero se habla poco de ello. La conquista más importante realizada por los jóvenes es la tarjeta de residencia de diez años, que se concede en función del tiempo de estancia en Francia, y no del trabajo, acordada en 1984. Las otras reivindicaciones no tuvieron suficientes seguidores.

II. 1984-1995 : de la tarjeta de residencia de diez años a los atentados terroristas:

1. Los «grandes conjuntos» en la periferia

El periodo que se anuncia comienza por la poderosa subida del movimiento «beur» que valoriza la periferia y termina con los atentados terroristas de 1995. La imagen de la periferia atormenta a los años noventa, porque en ella se perfilan nuevas clases «peligrosas» que ya no siempre son trabajadoras. En el debate público empiezan a emplearse los términos redes, etnicidad, comunidades, sentimientos de inseguridad, sin que el significado de estos términos se concrete, sobre un fondo de fascinación-repulsión hacia un supuesto modelo anglosajón. El extrarradio tiene una historia, la de la periferia, la de la «zona», la de la cultura del pobre, la del cinturón rojo, las chabolas, los municipios comunistas, la de la inmigración, y por último, la de los «beurs», término muy utilizado entonces. Estas imágenes se mezclan poco a poco, ya que la historia acontece en un mismo lugar. Estigmatizada alrededor de una nueva frontera donde la división de clases habría dejado paso a trincheras étnicas, se convierte en algo indisoluble de la cultura joven, mestiza, integrada cultural pero no económicamente. Una memoria colectiva emer-

gente, creada por la memorización de crímenes contra la seguridad (una especie de impuesto de sangre) y por identificación con su propio territorio y su «rabia», cuya expresión es la violencia callejera (conmoción en el barrio de Mas du taureau en Vaulx en Velin en 1990, incidentes en el barrio de Val Fourré, en Mantes la Jolie, en 1991). La mayoría no quieren cambiar de barrio, sino que el barrio cambie. El proceso de identificación con la ciudad obrera ya no funciona, inclusive para la generación de los progenitores.

Las primeras experiencias de «políticas de ciudad», realizadas en 1982, y la descentralización llevada a cabo por Gaston Defferre, Ministro de Interior de la época, condujeron a revalorizar la democracia local. Entonces se piensa que la simple participación de los habitantes en la vida de la ciudad permitirá transformar la relación del territorio con su población y su condición social. Los primeros jefes de proyecto han tenido una trayectoria militante y arquitectos y urbanistas consideran que al transformar las estructuras urbanas se transformarán las relaciones sociales (este era el objetivo de «Banlieues 89», una asociación creada por los arquitectos Roland Castro y Michel Cantal-Dupart quienes desean promover la ciudadanía de los barrios y convertir la periferia en un espacio de reflexión). Algunos se preguntan. ¿debemos romper los grandes conjuntos de viviendas? Otros consideran que se pueden transformar los barrios marginales en barrios de cualidades positivas, gracias al mestizaje, al movimiento social, a la prevención y la solidaridad. Pero siempre se hace un llamamiento a la participación de forma muy vaga, pues reina una fuerte desconfianza de cara a la política de comunidades. La democracia local, que tuvo una importancia creciente como en Grenoble a partir de las elecciones municipales de 1977, se apaga lentamente en las periferias pero aún cuenta con numerosos adeptos. Todas estas ambigüedades explican los vaivenes de la cuestión urbana al confrontarse con poblaciones empobrecidas por la crisis.

Al mismo tiempo, tras los buenos resultados del Frente nacional en las municipales de 1983, el racismo se desarrolla a cielo abierto. La mirada del otro es fundamental en la fabricación del racismo ordinario por encerrar a ciertos individuos en una definición étnica de grupo que les remite a lugares identitarios y geográficos¹¹, mientras que a otros les define como franceses «de pura cepa» —una referencia a la etnicidad contradictoria con el modelo francés de ciu-

¹¹ MICHEL WIEVIORKA: *La France raciste*, Paris, Seuil, 1992.

dadanía. Los «hitistas» (jóvenes sin trabajo que pasan largas horas en las calles apoyados en la pared de sus edificios) consideran que su vida está ahí, subsisten de pequeños trapicheos y de trabajillos, sin atreverse a enfrentarse con la capital o la gran ciudad, un mundo aparte. Los progenitores, que se encuentran tal vez en el paro, a veces tiran la toalla; las familias monoparentales se multiplican, otras se refugian en valores privados, reforzando la tradición tal como la conocieron en su país, que entre tanto se ha desarrollado sin que ellos se diesen cuenta. Es el malvivir de los excluidos que se quedan en los hogares y de los padres nostálgicos de un país al que no volverán, además de la «galera» de los jóvenes. Para sus vecinos que provienen del mundo obrero francés, la crisis de identidad profesional, el miedo a descender de estatus social y el temor a una modernidad que les excluye acarrear un sentimiento de malestar que se traduce en alcoholismo o posesión de armas, agravados por la exasperación de los conflictos generacionales. Se crea una cultura de clanes, a veces se da un tribalismo de barrio, un «nacionalismo de bloques de escaleras» como comenta Adil Jazouli¹². A menudo el sindicalismo y los movimientos sociales asociativos han desertado de esos lugares. Incluso hasta nos podríamos preguntar si algunos interlocutores estarían jugando la carta de dejar que las situaciones se pudran.

Tal vez la militancia cívica de los años 1970-1980 ha enmascarado carencias: apoyo escolar y creación en 1983 por Alain Savary, ministro de educación, de las ZEP (zonas de educación prioritaria, una forma de discriminación positiva, fundada sobre los criterios sociales y no étnicos en los barrios con dificultades), animación, prevención de la delincuencia juvenil gracias al informe en 1982 de Gilbert Bonnemaïson, que inspira la política de desarrollo social de los barrios lanzada en 1989 y que se caracteriza por una gestión territorial de las políticas urbanas. El acercamiento partenarial a los municipios de los barrios considerados «sensibles» dará lugar en 1990 a las «políticas de ciudad», una particularidad francesa, con un Ministerio del mismo nombre cuyo segundo de a bordo será Bernard Tapie¹³. La sensación de inseguridad presente entre los

¹² ADIL JAZOULI: «Banlieuescopie: la politique de la ville est une sorte de millefeuille», *Panoramique*, n.º 12, 1993, entrevista pp. 147-151.

¹³ «Politique de la Ville. Une exception française ?», *Les cahiers de l'Orient*, n.º. 80, 4.º trimestre 2005.

propios habitantes desempeña un papel vis-a-vis del exterior puesto que el barrio es también una protección, lo que explica el éxito de las ofertas de resocialización comunitaria: unas emanan de religiosos musulmanes, otras del Frente nacional, otras de asociaciones cívicas. El éxito municipal obtenido con ello introduce un nuevo dato: la inmigración queda estigmatizada como la responsable de muchos de los males, la legitimidad de su presencia queda puesta en entredicho, se cuestiona la identidad francesa¹⁴, se fustiga el Islam. La miseria social, la degradación de las relaciones en el núcleo familiar y la aparición de las familias monoparentales no favorecen la creación de proyectos. En cuanto a las respuestas institucionales, permanecen fundadas sobre valores cuestionables: ¿las solidaridades comunitarias son creadoras de una mejor adaptación a la sociedad anfitriona? ¿O por el contrario son capaces de amenazar el modelo integrador de la sociedad francesa? La periferia se ha convertido en un amplio campo de reflexión. Todos los municipios intentan imponer cuotas de inmigración (como lo hicieron algunas periferias comunistas en Montigny y en Vitry, en 1981), otros tratan de revalorizar la diversidad confiando en los mediadores que provienen de la inmigración, a veces bomberos pirómanos, a veces considerados traidores por sus homólogos. Las soluciones propuestas van de la rehabilitación de los barrios de VPO al desarrollo de la ciudadanía de proximidad. El «problema» queda circunscrito. Pero aún no tiene solución.

2. Auge del Islam

En el día a día el Islam empieza a hacerse visible a partir de los conflictos del automóvil de los años 1983-1984 : Citroën, Talbot, Renault se enfrentan a huelgas en las que se mezclan reivindicaciones sectoriales y religiosas, organizadas por los líderes musulmanes inmigrantes, apoyadas por los sindicatos, incluida la CGT, que a veces

¹⁴ En noviembre de 1985, *le Figaro magazine* publica un número titulado: «¿Seguiremos siendo franceses dentro de treinta años?» y el Club de l'Horloge se pregunta a través de dos obras de Jean-Yves Le Gallou: *Etre français, cela se mérite* (avec Jean-François Jalkh) Paris, Albatros, 1987 y *La préférence nationale, réponse à l'immigration*, Paris, Albin Michel 1985. En 1985, para no conceder al Frente Nacional el monopolio del debate sobre la identidad, el Espaces 89, cercano al partido socialista, publica *L'identité française*; Paris, Tierce, 1985.

utilizan lo religioso para ocupar el campo de conflictos asegurándose la lealtad de los imanes y atribuyéndose el mérito de haber conseguido las salas de culto: se atiende a las peticiones de crear salas de oración en los talleres, al igual que las que pedían pausas durante el Ramadán, y así el Islam se convierte en una fuente de reivindicaciones¹⁵. Uno de estos líderes, Aka Ghazi, se convertirá más tarde en diputado del Parlamento marroquí. Librerías musulmanas, cintas de oraciones, emisiones de radio, lugares de culto se abren paso en los barrios de inmigrantes del centro de la ciudad (como el de la Porte d'Aix, en Marsella, antes de su renovación) y en la periferia (como la mezquita con minarete de Evry o la de Mantes la Jolie). El islam progresa año tras año, a menudo financiado por los países del Golfo, ricos gracias a la subida del precio del petróleo, aportando una profusión de imágenes inquietantes para la opinión y difundidas de forma satisfactoria por los medios: lugares de oración en los sótanos de las VPO, fieles agrupados en las calles, carnicerías hallal, prêt-à-porter musulmán, hijos de matrimonios mixtos secuestrados por su padre en su país de origen, jovencitas y mujeres con velos, guerras entre clanes religiosos en los barrios turcos y kurdos de la capital, poligamia y escisión en el caso de los sub-saharianos. El caso Rushdie, en 1988, que en Francia estuvo seguido de manifestaciones de Pakistaníes, y sobre todo el caso del velo islámico en 1989, cuando tres chicas que vestían el pañuelo tradicional para ir a la escuela pública fueron expulsadas de un colegio de Creil, afianzan el temor a la amenaza islámica. En 1987 se cuentan 650 asociaciones declaradas musulmanas. Actualmente el número es de 1500¹⁶. Mientras que algunas periferias arden en la región lionesa, no tanto por el peso del Islam, sino también por el paro y la desocupación, otras «segundas generaciones» se movilizan de forma colectiva: los hijos de harkis que reivindican cambiar el destino que se les reserva a sus padres desde su repatriación a Algeria. Relegados a la periferia de las ciudades, en los barrios rebautizados derivados

¹⁵ RENÉ MOURIAUX y CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: «Syndicalisme français et islam» in RÉMY LEVEAU y GILLES KEPEL: *Les musulmans dans la société française*, Paris, Presses de la FNSP, 1988. Ver también, CNRS, *Les OS dans l'industrie automobile*, Paris, Méridiens-Klinsieck, 1988.

¹⁶ GILLES KEPEL: *Les banlieues de l'islam*, Paris, Seuil, 1987. Ver también HERVÉ VIEILLARD-BARON: «De la difficulté à cerner les territoires du religieux: le cas de l'islam en France», *Annales de Géographie*, n°. 640, 2004, pp. 563-587.

de las viejas campas o del propio campo, en los caseríos forestales del sureste francés (Jouques, Fuveau, le Mas Thibert, le Logis d'Anne), se organizan huelgas de hambre para que los poderes públicos se sensibilicen con su causa, como en Bias, en el Lot, en 1987¹⁷. La identidad musulmana está presente, a pesar de que se definan a sí mismos más bien como franceses. Las asociaciones musulmanas declaradas bajo el régimen de 1901 florecen en la periferia: proponen salas de oración, enseñar el Islam, apoyo escolar y animación deportiva, ofrecen a los municipios sus servicios para limpiar los barrios de drogas y aportar así paz social. La primera guerra del Golfo ofrece a algunos jóvenes de la periferia, en 1991, el recurso de fabricarse identidades ofensivas (llegando a proferir el grito de «Viva Saddam» ante la policía). El periodo se termina con un carácter aún más grave: el del terrorismo islámico con la ola de atentados en la red de cercanías parisino en 1995 y con la puesta de una bomba en los raíles del TGV París Lyon por Khaled Kelkal, un joven habitante de la periferia lionesa cuya vida era normal hasta que se convirtió al Islamismo radical al sentir que fue víctima de discriminaciones a lo largo de su vida escolar.

3. *Esplendor y miserias del movimiento beur*

La segunda mitad de los años ochenta es testigo del apogeo del movimiento «beur» y, posteriormente, el principio de los noventa, de su declive. Dicho movimiento, cuyo escenario son las periferias, se beneficia al principio de los recursos financieros provistos por los Fondos de Acción social para las asociaciones cívicas. De estas últimas destacan dos, a pesar de que el panorama de las asociaciones fuese más variado: SOS racismo y France Plus, quienes luchan por los derechos cívicos, por el antirracismo, la ciudadanía y por la igualdad de derechos. Las dos asociaciones nacieron prácticamente a la vez, al final de 1984, pero una se orienta más hacia el derecho a la diferencia y al multiculturalismo mientras que la segunda lucha por el derecho a la homogeneidad y por los derechos cívicos, en especial por la inscripción de los jóvenes en las listas electorales y por su elegibilidad en las elecciones municipales de 1989. La fiesta de los «potes» (colegas) organizada por SOS racismo en la Plaza de la Concor-

¹⁷ MICHEL ROUX: *Les harkis, les oubliés de l'histoire*, Paris, La découverte, 1991.

dia de París en 1985, la participación de la asociaciones de inmigrantes en el bicentenario de la Revolución Francesa en 1989, la elección de unos 150 *beurs*, jóvenes descendientes de la inmigración o hijos de harkis, en las municipales de 1989¹⁸, el aumento de asociaciones cívicas, nacionales o de barrio incluyendo a las asociaciones en pro de la mujer (como la EMAF: «Expresión Magrebí en Femenino») son una prueba de la integración conseguida por los más militantes, por cierto que cortejados por los partidos políticos tanto desde la izquierda como desde la derecha.

Cuestiones de sociedad tales como el largo proyecto de reforma del Código de la nacionalidad (1987-1993) demuestran que la población que deriva de la inmigración hace gala de una profunda voluntad de querer formar parte de la sociedad francesa, socializados en sus barrios y partidarios de reafirmar el *ius soli*. Rechazan ser «franceses de papeles» o «muy a su pesar» como sugiere el Frente nacional y el *Club de l'Horloge*, prefieren definirse como «franceses distintos» y negociar sus múltiples orígenes. Muchos se deciden por la bi-nacionalidad en este punto, pero se movilizan activamente para que la reforma del derecho a la nacionalidad no les limite su acceso a la nacionalidad francesa. Otros datos se perfilan a favor de las «políticas de ciudad», establecidas a partir de 1990: intermediarios culturales y otros protectores de las periferias, mediadores entre el pueblo llano y la burocracia del Estado, entre «aquí» y «allí» (se crean asociaciones en ambas partes), municipalizan su *savoir faire* en las colaboraciones urbanas; mujeres-puente tratan de unir modernidad y tradición en los barrios, empresas étnicas se dirigen a una clientela musulmana (carne hallal, prêt à porter musulmán, peluquerías) o mixta (restaurantes). Algunos cambian su fibra militante por los nuevos empleos de la ciudad, asumiendo el riesgo de que sus homólogos del barrio les traten como a «árabes lacayos», o incluso «traidores». Otros hacen gala de una gran inventiva a la hora de redefinir la «ciudadanía»: una ciudadanía concreta, participativa, alejada de las nacionalidades, enraizada en el localismo de los barrios, que valora el pluralismo cultural y los ideales de la Revolución Francesa, preferiblemente los de la Constitución de 1793 en vez de los expuestos en la de 1789 (se la denomina nueva ciudadanía, y más tarde, en una versión que se centra más en los derechos cívicos,

¹⁸ VINCENT GEISSER: *Ethnicité républicaine*, Paris, presses de Sciences Po, 1997.

ciudadanía de residencia¹⁹). Los más oportunistas o los más talentosos dedican su *savoir faire* al servicio de los partidos políticos mezclándose todas las tendencias, reflejando su capacidad para movilizar un hipotético voto árabe o musulmán simplemente con su presencia y por su cercanía con las periferias²⁰. Sin embargo los itinerarios de la «beurguesía»²¹ muestran que pocas élites asociativas han recorrido un itinerario ideal-típico de hijos de inmigrantes de periferia. Pero la periferia sirve de referencia, de inspiración, de identidad, de cultura para este movimiento. Aquellos que tienen este auténtico pedigrí son en su mayoría licenciados o se han profesionalizado en las asociaciones que desempeñan un papel de inserción social que la escuela no ha hecho posible.

Sin embargo, la integración progresa, y los datos lo corroboran²²: ya no se habla de los Portugueses, que sin embargo eran omnipresentes en el ámbito de las chabolas de los años setenta, aún menos de los Españoles e Italianos, rara vez de los Turcos, enfrentados sin embargo con dificultades para su integración (dificultades lingüísticas, agrupamiento comunitario, matrimonios de conveniencia en los ámbitos rurales.) Una encuesta realizada en 1992 por Michèle Tribalat a casi 12.000 personas demuestra que los argelinos y sus descendientes son los mejor integrados entre los cinco grupos encuestados, de acuerdo con los criterios adoptados (número de los matrimonios y uniones mixtas, poca práctica del Islam, uso del Francés en la vida privada, residencia en barrios mixtos, itinerarios escolares de mayores logros). Pero chocan más con la discriminación laboral porque la desindustrialización que azotó con toda su fuerza a sus padres —industria automovilística, metalúrgica— ha privado a los que son sus hijos de los medios de la pequeña empresa, un tren que habrían cogido a tiempo los Turcos y los Portugueses. Las discriminaciones a la hora de contratarlos y su reticencia a desempeñar el mismo trabajo que sus padres analfabetos (habiendo

¹⁹ Asociación Mémoire Fertile, en Lille.

²⁰ CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: «Le vote immigré» in Pascal Perrineau, Alain Régnier, Dictionnaire du vote. Paris, PUF, 2001, pp. 509-513; Ver también: «Immigration, citoyenneté, nationalité», *Les cahiers de l'Orient*, n.º 11, 1988.

²¹ CATHERINE WIHTOL DE WENDEN y RÉMY LEVEAU: *La beurguesie, Les trois âges de la vie associative issue de l'immigration*, Paris, CNRS Editions, 2001.

²² MICHÈLE TRIBALAT: *Faire France*, Paris, La découverte, 1995.

ellos sido escolarizados en Francia) agravan su situación de paro. La atención de la opinión se centra en los jóvenes de origen magrebí y africano: los grupos llamados «visibles». El final de la década es más sombrío: a partir de 1995, el movimiento *beur* deja de gustar a los burócratas del Estado, no tiene relevancia entre los «hermanos pequeños», quienes están decepcionados y convencidos de que a sus «hermanos mayores» les han dado gato por liebre, los barrios concentran sus esfuerzos en lo social del día a día dentro del espacio local, la financiación de las asociaciones cívicas no para de descender mientras las sustituyen asociaciones musulmanas²³ incluso en el campo de la periferia, los acosos urbanos persisten, la violencia y la discriminación también.

III. 1996-2006 : el síndrome securitario

1. *Las periferias : incertidumbres de una política pública*

En las elecciones presidenciales de 1995, el candidato Jacques Chirac hace campaña sobre el tema de la fractura social: ¿la ciudadanía a la francesa, fundada sobre el modelo republicano, individualista, laico, el mito de la homogeneidad étnica, el tabú de la igualdad de derechos ya no integran? El paro persistente en las periferias y sobre todo las discriminaciones a la hora de conseguir trabajo, en las orientaciones escolares, en las viviendas sociales, en las relaciones con la policía, mantienen excluida a una parte de la población de la periferia, presa de las tentaciones de la economía paralela y de las ofertas del Islam.

Las ofertas de reislamización por parte de asociaciones o de predicadores van del fundamentalismo (vuelta a los textos del Corán) al integrista (de inspiración wahabita, muy presente en Arabia Saudí, o salafista²⁴, que observa un tradicionalismo estricto). Los

²³ JOCELYNE CESARI: *Musulmans et républicain. Les jeunes, l'islam et la France*, Bruxelles, Complexe, 1999.

²⁴ El salafismo lo practican alrededor de 5.000 personas (sea 1/1000) de alrededor de cinco millones de musulmanes en Francia. Son muy conservadores, hacen muy poca política y se guían por la lógica de la pureza. Muchos han acudido al salafismo por que no se sentían Franceses. Corresponde a una nueva socialización debido a la ruptura con el vínculo social anterior. El FIS es una hibridación de este movimiento. Fuente: Mohammed Adraoui, *Le salafisme*. Mémoire de DEA (dir. Gilles Kepel), IEP de Paris, 2005.

más escolarizados prefieren el discurso de un Islam a la vez moderno y conservador del predicador convincente Tarek Ramadan (para los «pequeños “beurs” diplomados», dicen algunos). Por último, otros se han creado una identidad laica, pero étnica, a través de «los indígenas de la República», quienes incluyen en las deudas de Francia la colonización y la esclavitud, tras un llamamiento en el 2005²⁵. «¿Cómo se puede ser Francés y a la vez musulmán?», nos preguntábamos unos años antes. Una pregunta a la que muchos habían respondido con una doble solución positiva. Ahora, para los jóvenes en busca de una identidad valiosa que provienen de familias musulmanas practicantes de un Islam tradicional y rural, ignorantes de los textos coránicos, se trata de «hacerse musulmán». La práctica regular es débil (apenas un 10%) y sobre todo se traduce en celebrar el Ramadán y, a veces entre las chicas más practicantes, en acudir a la oración. Los ataques del 11 de septiembre de 2001 a menudo han perjudicado a la imagen del Islam vis-a-vis de la opinión pública. Algunos jóvenes de las periferias que marcharon a Algeria o a Afganistán para entrenarse, se han visto presos en Guantánamo, a veces sin saber por qué. Otro caso, el de Zacharias Moussaoui, condenado a cadena perpetua en Estados Unidos y quien se había presentado como a un cómplice de los terroristas aéreos, es un hijo de la periferia de Toulouse, educado a la francesa por su madre, y que marchó al Reino Unido en busca de inspiración religiosa.

Una amalgama emerge entre delincuencia, Islamismo y periferias. En 1997, Jean-Pierre Chevènement, Ministro de Interior, denuncia las «incivildades» de los «salvajes» de las periferias, mientras que los pitidos a la Marsellesa en un partido amistoso franco-argelino en el estadio de Francia en Saint-Denis ante Elisabeth Guigou, Ministra de Solidaridad en el 2001, o el atentado fallido contra el alcalde de París en el 2002, son actos aislados pero dan una envergadura a la disidencia. El Frente Nacional prospera ante la inseguridad, el fracaso de la integración, el paro de los inmigrantes, las cargas sociales de la inmigración y la delincuencia juvenil, hasta el punto de encontrarse en la segunda vuelta de las presidenciales en el 2002. El discurso sobre la prevención da paso a un discurso más securitario sobre la pérdida de los valores cívicos.

²⁵ SADRI KHIARI: *Pour une politique de la racaille. Immigré-e-s, indigènes et jeunes de banlieue*, Paris, La discorde, 2006.

La agenda europea, con el artículo 13 del Tratado de Ámsterdam de 1997, impuso a Francia la puesta en marcha de una política de lucha contra las discriminaciones. Algo difícil de poner en marcha en un país que desde hace doscientos años vive con el mito de la igualdad formal de derechos para todos los ciudadanos. Los «jóvenes», por el código de nacionalidad francés modificado sucesivamente en 1993 (Ley Pasqua-Méhaignerie) y en 1998 (Ley Guigou), son casi todos franceses ya que nacieron en Francia y han residido en este país varios años antes de llegar a la mayoría de edad. Se crean algunas instituciones, como el GELD (Grupo de Estudio y de Lucha contras las Discriminaciones en 1999, creación de un número verde gratuito para las víctimas o testigos de discriminaciones) o las Comisiones Departamentales de Acceso a la Ciudadanía (CODAC), pero sin mucho efecto. Las FAS se convierten en FASILD (añaden a sus siglas la integración y la lucha contra las discriminaciones). Se votan dos leyes en 2001 y 2002 contra la discriminación, en especial en el trabajo, mediante la inversión en la aportación de pruebas (ahora el empleador deberá demostrar que no llevó a cabo ningún tipo de discriminación). Este dispositivo es el antecesor de la HAL-DE (Alta Autoridad de Lucha contra las Discriminaciones y para la Igualdad). En el 2000, se crea la Comisión nacional de deontología de la seguridad, presidida por Pierre Truche, antiguo presidente de la Corte de Casación quien sacaría a luz las discriminaciones policiales en su informe del 2005. Las víctimas son sobre todo jóvenes descendientes de inmigrantes de 18 a 35 años residentes en los extrarradios «pobres» de la región parisina, la mayoría de los casos conciernen al distrito n.º 93 (Seine Saint Denis) y al n.º 95 (Val d'Oise). Ante ellos, policías muy jóvenes, rara vez originarios del barrio donde intervienen, destinados al principio de su carrera a estos departamentos con fama de difíciles para «formarlos». Los motivos de intervención son a menudo los mismos: repetidos controles de identidad, seguidos de peleas viriles que dan lugar a «ultraje y rebelión», al uso de GTPI (Gestos Técnicos Profesionales de Intervención), uso de armas reglamentarias con fines defensivos, puesta en vigilancia, hospitalización. Muchos de los litigios, al parecer, podrían haberse evitado mediante el diálogo. El contexto general, ligado a los barrios calificados de «sensibles» o «conflictivos» y a las peleas en el vecindario (reunión de los jóvenes al atardecer, ruido), a lo que se añade la juventud de los demandantes son a menudo un factor agravante. El individuo desaparece tras la identificación étnica, las fuerzas del

orden practican con gusto la amalgama entre poblaciones «visibles», criminalidad y barrios «sensibles». Los interpelados no son vistos como ciudadanos normales y no se identifican independientemente de su supuesta pertenencia a un grupo de referencia. Lejos de las ideas preconcebidas, muchos de los interpelados son jóvenes sin historia, algunos son diplomados, ocupan un puesto cualificado y son apreciados localmente. La Ley del silencio acompaña a menudo a estos altercados policiales. De forma simétrica, los habitantes de esos barrios tienen en muy mala estima la actuación de los servicios de la policía y de los servicios sociales²⁶.

A pesar de la puesta en evidencia de las discriminaciones laborales, tanto al contratar²⁷ como por haber de hecho empleos cerrados para los inmigrantes y discriminaciones en el acceso a las vías legales y a la vivienda o en las relaciones con la policía²⁸, las políticas públicas se mantienen poco receptivas para el tema de las discriminaciones por estar vinculadas al modelo del ciudadano inspirador de la filosofía de la integración a la francesa. En las periferias, los jóvenes se movilizan: mientras que el MIB (Movimiento Inmigración Barrios) continua luchando por la abolición de la doble pena (que por cierto se conseguirá en el 2002), las chicas jóvenes protestan por el machismo de sus parejas y el infierno de «las violaciones colectivas» (como en el movimiento «ni putas ni sumisas») y otras comienzan de nuevo a pasarse a la política, como en Toulouse con la lista Motivé(es) * en las municipales del 2001. Pero aquellos que confían en la política para salir adelante siguen representando a escala local el papel de «Árabe lacayo» tanto en las listas electorales (Frente Nacional incluido con los hijos de harkis) como una vez ya elegidos, pues raramente se les coloca en puestos clave no vinculados a la «periferia». Los estados mayores de los partidos políticos, los Parlamentos francés y europeo, sólo se abren parsimoniosamente a estas nuevas élites que a menudo poseen curricu-

²⁶ Comisión nacional de deontología de la seguridad. «Etude sur la part des discriminations dans les manquements à la déontologie», *Rapport 2004*, Paris, la Documentation française, 2005 pp. 493.

²⁷ Philippe Bataille, *Le racisme au travail*, Paris, La découverte, 1997.

* Nota del traductor: con esta lista se consiguieron cuatro concejales «beurs» en Toulouse.

²⁸ SOPHIE BODY-GENDROT, CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: *Police et discriminations: le tabou français*, Paris, l'Atelier, 2003.

los modélicos (podemos citar entre los concernidos a Malek Boutih, miembro del estado mayor del partido socialista, Harlem Désir, diputado socialista europeo y antiguo presidente de SOS racismo, al igual que Halima Thierry-Boumedienne, senadora verde y antigua diputada europea), que hacen valer su trayectoria escolar, deportiva o asociativa pero que siguen siendo ciudadanos ilegítimos a ojos de muchos. Las puertas de las clases preparatorias de muchas escuelas superiores no se les abren porque los liceos del extrarradio no educan en absoluto en esta dirección y el ejemplo del Instituto de Estudios Políticos de París que ha creado una nueva vía para los alumnos de las ZEP (Zonas de Educación Prioritaria) sigue siendo una iniciativa totalmente aislada, a pesar de que empiece a tener emuladores. Algunas de las excepciones se exhiben con gusto, como por supuesto Zinedine Zidane, vencedor del mundial de fútbol de 1998, pero en absoluto representativo. Aquellos que poseen trayectorias escolares excepcionales quedan en el anonimato. Para contrarrestar la imagen negativa fruto del sentimiento de inseguridad que progresa hasta el punto de ocupar un lugar central en las elecciones presidenciales del 2002, la política social intenta fichajes étnicos: a Tokia Saïfi, Secretaria de Estado para el desarrollo sostenible, le sigue el nombramiento de un prefecto y un rector «musulmanes» y del novelista Azouz Begag, quien es nombrado Ministro Delegado para la promoción de la igualdad de oportunidades en el 2005.

A la par, el Ministro de Interior Nicolas Sarkozy refuerza la lucha contra la inseguridad en la periferia (supresión de la policía de proximidad, prohibición de reunirse en las entradas de los inmuebles, interpelaciones) cuyo fin es sobre todo restaurar la autoridad del Estado. En el verano del 2005, se propone «limpiar el extrarradio» de la «escoria». Para gestionar el islam y llevar a la práctica la laicización del culto musulmán, siguiendo los pasos de su predecesor Pierre Joxe en 1989, se ha provisto de un interlocutor con la creación del CFCM en el 2003 (Consejo Francés del Culto Musulmán). Por su parte, el Jefe de Estado intenta poner fin a la disputa de los pañuelos islámicos en los colegios públicos con la Ley de 2004 sobre la prohibición de llevar símbolos religiosos «ostensibles», esta última característica debiendo ser valorada por los directores de los centros. Se adoptan otras medidas (Ley Borloo de 2003): sobre la inseguridad, el desarrollo económico y se centran en lo construido, suprimiendo el empleo para los jóvenes, los empleos solidarios

y cuestionando las financiaciones de las asociaciones. Se anuncia un amplio programa de demolición de los servicios sociales. Parece que la falta de movilidad social es un factor importante de exclusión. ¿Estas políticas ofrecen respuestas?

2. La crisis de noviembre de 2005, sus hipótesis y su impacto²⁹

La crisis de noviembre de 2005, que se saldó con dos semanas de violencia urbana, ha hecho sacudirse violentamente a Francia, poniendo en cuestión la validez de su modelo de integración republicano del que aún se sentía orgullosa tras los atentados de Londres en julio de 2005. Coches y contenedores incendiados, comisarías, centros comerciales, guardería, polideportivos, locales empresariales que sufrieron daños especialmente en la periferia norte de París, al igual que en Toulouse y en la periferia lionesa. Estos daños llegaron para añadirse a los 70.000 casos de violencia urbana perpetrados desde enero de 2005. Desencadenadas con la muerte por electrocución de dos adolescentes que creían que la policía les perseguía por haber robado en una obra y fueron a refugiarse a un transformador de la EDF, los motines se extendieron como el aceite desde Clichy-sous-Bois hasta el punto de resquebrajar las cumbres de Estado y de ofrecer al extranjero la imagen de una Francia enferma de su extrarradio. Se han presentado las más diversas hipótesis sobre la crisis de las periferias: bandas organizadas, falta de atención paternal, poligamia, manipulación por parte de grupos islamistas exteriores, sentimiento de falta de un futuro, paro, discriminación.

Más allá de las medidas de urgencia establecidas, algunas hipótesis sobre la crisis merecen ser comentadas³⁰. Primero, el ritual de la movilización: es tradición, entre los jóvenes de las periferias, que cuando uno de ellos muere tras una actuación de la policía el resto muestre su solidaridad. Puede tratarse de movilizaciones silencio-

²⁹ Ver el dossier «retour sur les émeutes urbaines» de la revista *Esprit*, décembre 2005, pp. 3-55.

³⁰ Para el análisis de las revueltas, ver HUGUES LAGRANGE y MARCO OBERTI, (Dir.): *Emeutes urbaines et protestations*, Paris, Presses de Sciences Po, 2006. Para el paso a la movilización política, ver en especial el capítulo de FABIEN JOBARD: *Sociologie politique de la racaille*.

sas, pero también de explosiones de violencia, avivadas por el sentimiento de discriminación policial, de impunidad de las fuerzas del orden y de ausencia de igualdad de trato.

A continuación, las discriminaciones: desde hace veinticinco años estas reivindicaciones son el *leit motiv* del registro asociativo, sin que los poderes públicos hayan proporcionado respuesta alguna a estas cuestiones. Otras discriminaciones deben inscribirse en el capítulo del encerramiento que resulta de las «políticas de ciudad». Éstas se centran en la renovación del hábitat colectivo, bajo el impulso de los municipios, dejando de lado en ocasiones los itinerarios de las familias e individuos y ofreciendo pocas oportunidades a aquellos que deseaban abandonar la periferia gracias a la escuela (sistema de exclusión sucesiva escalonada mediante orientación escolar)³¹ o al cambio de vivienda. Se mantiene la tarjeta escolar, actividades de ocio tachadas de «periféricas», discriminación residencial en nombre del respeto al «interclasismo en el hábitat», acciones esporádicas contra la discriminación al contratar, incitación a apropiarse del espacio para promocionar la participación local en vez de la movilidad para conseguir un proyecto promocional. El resultado ha sido una espiral de relegación social, que combina etnización y pauperización de los barrios, los cuales ofrecen a sus habitantes pocas esperanzas de poder salir del determinismo de estos lugares. La crisis del modelo republicano: si existe este modelo republicano (afortunadamente las políticas locales son más pragmáticas) las periferias conflictivas no son necesariamente representativas del conjunto del hábitat social de Francia, ni de todos los jóvenes descendientes de la inmigración. Por supuesto, la dimensión lúdica de los incendios, el eco que les dió la televisión, pudieron ayudar al contagio que lo propagó de un barrio a otro. Pero la propia movilización ha quedado poco estructurada: ni órdenes ni esloganes, ni líderes ni tampoco tropas.

¿El Islam? Si la referencia al Islam puede constituir un modo de escapada de lo cotidiano, los jóvenes, católicos o musulmanes, no han incendiado coches en nombre de Alá: no se ha exhibido ningún eslogan religioso. La referencia a los «territorios ocupados» a través de los cuales los jóvenes han intentado impedir pasar a la policía, la influencia de las antenas parabólicas que les ponen al día a través de la cadena qatari Al Jazira no les separan tanto de Francia visto

³¹ FRANÇOISE LORCERIE (Dir.): *L'école et le défi ethnique. Education et intégration*, Paris, ESF, 2005.

que sus referencias son múltiples. Al contrario, algunas asociaciones musulmanas se han ofrecido para ejercer de mediadoras en las ciudades. La crisis es más bien la expresión de una frustración extrema en lo que a las desigualdades se refiere, a la falta de respeto, a la igualdad de derechos y de oportunidades y el resultado del paro masivo de sus hermanos mayores y de sus progenitores que les proporciona un sentimiento de aplastamiento. Posee una dimensión generacional y social más que étnica y religiosa. En cierto sentido es el síntoma de una reacción contra el estancamiento: los jóvenes de las periferias querían ser Franceses pero se sienten engañados porque se enfrentan a discriminaciones ligadas al origen étnico, social, geográfico, religioso y al color de la piel. No se ha ofrecido ninguna respuesta a la posibilidad de salir de las periferias para salir adelante. Se prefiere dejar el tema de lado que tratar las situaciones sociales de los individuos. Sin embargo, la mayoría de los estudios demuestran que aquellos que han conseguido escapar del determinismo del encasillamiento son aquellos que han adoptado una estrategia de mezcla residencial.

3. *Descendientes de la inmigración: ¿igual de Franceses que el resto?*

La mayoría de los jóvenes del extrarradio no ha participado en las revueltas. A pesar de las discriminaciones, de la inestabilidad del salariado y del debilitamiento del Estado social (las financiaciones de las asociaciones han caído en picado entre 1995 y hoy día), algunos de ellos acceden a la clase media, salen del mundo obrero gracias a la escuela (pública), a la universidad (de las periferias de las grandes metrópolis), a su ingreso en los servicios públicos (enseñanza primaria y secundaria, ejército y policía, dos áreas laborales de «blanqueamiento» contra las discriminaciones hacia los menos cualificados), a los empleos de la ciudad y del trabajo social, a la profesionalización asociativa. Son los «desoxidados», como los llama Azouz Begag. Se movilizan, se consideran «Franceses como los demás»³², su fidelidad a Francia es total³³. Su evolución es indivi-

³² Título de la obra de SYLVAIN BROUARD et VINCENT TIBERJ: *Français comme les autres*, Paris, Presses de Sciences Po, 2005.

³³ CHRISTOPHE BERTOSSI y CATHERINE WIHTOL DE WENDEN: *Les militaires français issus de l'immigration*, Paris, Documents du C2SD, La Documentation française, n.º 78, 2005, 333 p.

dual, pero la opinión cuestiona incansablemente su integración, su religión y su sentido de la comunidad. El estudio de Sylvain Brouard y Vincent Tiberj echa por tierra a este propósito muchas de las ideas corrientes. Apoyándose en los resultados de dos sondeos realizados en abril de 2005 a un grupo de 1003 personas representativas de la población francesa de más de dieciocho años, demuestran que el Islam no es un factor de retraimiento en la sociedad francesa, que a menudo la mayoría de ellos están abiertos al laicismo, a los matrimonios mixtos (el fenómeno de la reislamización no comprendería más que un 10% de los casos) y que la mayoría confían en el sistema político francés. Legitimistas con respecto al poder vigente, se confiesan más cercanos a la izquierda socialista (el 76%), poco permeables electoralmente ante las medidas específicas destinadas a esta población, marcados por la cultura del éxito material, más conservadores que el resto de los Franceses en lo que se refiere a las costumbres, menos racistas pero más antisemitas, sensibles ante las políticas de discriminación positiva y de igualdad de oportunidades, no se sienten atados al país de origen de sus padres, más cercanos a los Franceses que a sus correligionarios musulmanes, practicantes de un tipo de adscripción comunitaria para cada situación. En una palabra, son Franceses con ciertas particularidades: más izquierdistas, más religiosos, más antisemitas, más abstencionistas, más dados a la participación, más intolerantes en las costumbres, menos marcados por su pertenencia socio-profesional que sus homólogos franceses. Pero no se les considera Franceses como los demás.

Podemos observar la misma situación en aquellos que eligieron una profesión con la que pensaban poder librarse de la mirada a ellos dirigida en función de sus supuestos orígenes o pertenencias. Por ejemplo los militares descendientes de la inmigración, que eligieron el ejército para liberarse del círculo donde vivieron y del racismo de los contratos, todos se consideran ante todo franceses, sin plantearles problemas la idea de tener que ir a combatir a un país musulmán, siempre pidiendo que su identidad religiosa sea respetada a través del respeto de las prohibiciones alimenticias. Como dice uno de los entrevistados, refiriéndose en la encuesta a sus homólogos militares Franceses «de pura cepa»: «darán un paso adelante cuando comprendan que también somos Franceses». Creen férreamente en los valores de la ciudadanía a la francesa, se identifican con la bandera, esperan

desaparecer como «minoría visible» bajo el uniforme, pero a menudo se ven remitidos a sus supuestos orígenes y pertenencias comunitarias por sus colegas: a sus barrios, a los árabes, al Islam, a la delincuencia. Han realizado un camino como ciudadanos y han elegido el ejercito como profesión, y allí se les vincula a una identidad colectiva con la que no se identifican ya que buscan esquivarla proyectándose hacia un destino individual³⁴. Y entre las mujeres activas, menos condicionadas por el racismo, la adhesión a los valores cívicos es aún mayor a pesar de una práctica religiosa más frecuente que entre sus homólogos masculinos y un mayor deseo de independencia, incluyendo a las que se proponen conciliar modernidad con tradición. Las profesiones étnicas, a menudo ricas en inventiva, se crean en los intersticios de un mercado laboral muy fragmentado, contratando a compatriotas y rellenando el tejido urbano en los barrios a menudo degradados. Una clase media financia las mezquitas y coopera con los ayuntamientos. Al revés de lo que dice la idea general, la integración (por cierto, con límites borrosos y subjetivos) prosigue, a pesar del paro persistente en las zonas llamadas «sensibles», a pesar de la «territorialización» de la pobreza que coincide con la «etnización» de los territorios, a pesar de los medios transnacionales de carácter religioso o étnico que pretenden ejercer una influencia sobre una población tan maleable que anda en busca de identidad y de reconocimiento y que a menudo sólo conoce vagamente el Islam. La población de las periferias forma parte definitivamente de la población francesa y queda inscrita en partes enteras de una cultura joven, popular y mestiza, multicultural, convirtiendo a las grandes metrópolis francesas en un reflejo de la globalización de las culturas. A esta integración «desde abajo» se añade que hay que tener en cuenta su presencia «en lo alto»: estos nuevos ciudadanos son también electores en potencia, consumidores, usuarios. Un museo, la Ciudad nacional de la Historia de la inmigración, cuyo lema es «su Historia es nuestra Historia», abrirá sus puertas en el 2007. La trivialización de su presencia parece más urgente que la complacencia electoralista para con la ejemplaridad mediatizada de algunos «portaestandartes».

³⁴ Estos resultados se corroboran con otros estudios de este mismo campo: EVELYNE RYBERT: *Liberté, égalité, carte d'identité. Les jeunes issus de l'immigration et l'appartenance nationale*, Paris, La découverte, 276 p.

CONCLUSIÓN

Desde hace treinta años la expansión espacial de las metrópolis francesas exacerba lógicas de segregación contradictorias con la integración social, acentuando la transformación de ciertos habitats en ghettos sin dejar otra opción a sus habitantes: bien por ser éstos extranjeros, bien porque aun siendo franceses se les mira como a marginales vinculados a solidaridades ajenas y no como a interlocutores legítimos. Ello habría llevado a tratar sus problemas esencialmente en función de preocupaciones securitarias, mediatización y rehabilitación de los habitats, descuidando en ocasiones otras perspectivas³⁵.

En el juego de la oferta y la demanda política en el que se han inscrito desde hace más de treinta años las poblaciones de la periferia descendientes de la inmigración se puede observar la diferencia existente entre las reivindicaciones y las respuestas ofrecidas: no se ha satisfecho casi ninguna petición destinada a favorecer el reconocimiento y la participación: derecho a voto y elegibilidad local de los extranjeros, sensibilización de los agentes de la autoridad para la lucha contra el racismo en orden a poner fin a las discriminaciones y a los malos tratos, liberalización de los territorios para inscribir a los barrios en la movilidad geográfica y social y en la mezcla cultural, insistencia en el respecto a los derechos de igualdad de oportunidades en la escuelas, en la formación y en el acceso al empleo, presencia de las poblaciones descendientes de inmigrantes en los estados mayores de los partidos y en las Asambleas parlamentarias. Muchas respuestas han cubierto necesidades a corto plazo, destinadas a contentar a una posible clientela electoral, pero la mayoría sin un futuro: ministros y altos funcionarios descendientes de la inmigración con atribuciones en ocasiones simbólicas, cargos locales y asociativos cuyas responsabilidades remiten a sus supuestas particularidades, mucho jabón y pocas acciones en profundidad. Las políticas sociales, apoyadas por los alcaldes, se han centrado más en mejorar los lugares que en transformar la vida de las personas, buscando más bien atar a

³⁵ «Pas de quartiers pour les ghettos», dossier «Des clés pour mieux vivre la ville », *Le Journal du CNRS*, n.º 197, juin 2006, pp. 22-23.

las personas que ayudarlas a salir³⁶. Los participantes en las revueltas de 2005, como los de los años 1980 y 1990, como la mayoría de los Franceses descendientes de la inmigración que no se han manifestado, se quejarían más, no del modelo republicano, sino de que éste para ellos, no funciona³⁷. No se oponen a la Republica; quieren formar parte de ella.

³⁶ Esta observación apoya el análisis realizado por JACQUES DONZELOT: *Quand la ville se défait : Quelle politique face à la crise des banlieues?* Paris, Seuil, 2006.

³⁷ PATRICK WEIL: *La république et sa diversité*, Paris, Seuil, La république des idées, 2005.